

Matt
Haig

LOS RADLEY

Traducido del inglés por Roberto Falcó

Título original: *The Radleys*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



The Radleys © Matt Haig 2010

© traducción de Roberto Falcó Miramontes, cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1148-417-6

Depósito legal: M. 23.854-2023

Printed in Spain

Viernes

Tus instintos se equivocan. Los animales dependen de ellos para sobrevivir en el día a día, pero nosotros no somos animales. No somos leones, ni tiburones, ni buitres. Somos seres civilizados y la civilización solo funciona si se suprimen los instintos. Así que aporta tu grano de arena a la sociedad y no hagas caso de esos deseos oscuros de tu interior.

El manual del abstemio (2.^a ed.), p. 54

17 Orchard Lane

Es un lugar tranquilo, sobre todo de noche.

Tan tranquilo, cabría pensar, que resulta inconcebible que algún tipo de monstruo viva en sus bonitas calles sombreadas por árboles.

De hecho, en el pueblo de Bishopthorpe, a las tres de la madrugada, resulta fácil creer la mentira a la que han sucumbido sus residentes: que es un lugar donde vive gente buena y tranquila que lleva una vida buena y tranquila.

A esta hora, los únicos sonidos que se oyen son los propios de la naturaleza. El ululato de un búho, el ladrido lejano de un perro o, en una noche con brisa como esta, el confuso susurro del viento al pasar entre los sicomoros. Aunque te encontraras en la calle principal, enfrente mismo de la tienda de disfraces, del pub o de la charcutería selecta El Glotón Hambriento, no oirías ruido de tráfico ni verías el grafiti obscuro que decora la antigua oficina de correos (aunque tal vez alcanzarías a leer BICHO RARO si forzaras la vista).

Lejos de la calle principal, en algún lugar como Orchard Lane, si salieras a caminar de noche y pasaras

frente a las casas de época de notarios, médicos y directores de proyecto, encontrarías todas las luces apagadas y las cortinas corridas, aislándolas de la noche. O así sería hasta que llegaras al número 17, donde verías el resplandor de una ventana del piso superior que se filtra a través de las cortinas.

Y si te detuvieras y aspirases el frío y reconfortante aire nocturno verías en primer lugar que el número 17 es una casa a tono con las de su alrededor. Quizá no tan espléndida como su vecina más próxima, la del número 19, con su amplio camino de acceso y elegantes características de estilo regencia, pero aún así a la altura del entorno.

Transmite la sensación y tiene el aspecto que cabría esperar de una casa familiar de pueblo: no es muy grande, pero sí lo suficiente, sin nada fuera de lugar ni que desentone. Una casa de ensueño en muchos sentidos, como dirían los agentes inmobiliarios, y sin duda perfecta para que crezcan los niños.

Sin embargo, al cabo de poco te darías cuenta de que hay algo raro en ella. Bueno, quizá no te «darías cuenta». Tal vez no te percatarías de forma consciente de que incluso la naturaleza crece al amparo de un manto de sosiego alrededor de esta casa, de que no se oyen pájaros ni otras criaturas, de que reina el silencio. Sin embargo, puede que el instinto te llevara a preguntarte por esa luz encendida y que sintieras un escalofrío, y no por la brisa nocturna.

Si esa sensación fuera en aumento, podría convertirse en un miedo que te daría ganas de irte del lugar,

de echar a correr, pero a buen seguro no lo harías. Observarías la bonita casa y el monovolumen aparcado delante y pensarías que son propiedad de unos seres humanos de lo más normales que no representan ninguna amenaza para el mundo exterior.

Si pensaras esto, te equivocarías, ya que el 17 de Orchard Lane es el hogar de los Radley y, a pesar de los grandes esfuerzos que realizan, son cualquier cosa menos normales.

La habitación vacía

—Tienes que dormir —se dice a sí mismo, pero de nada le sirve.

La luz encendida a las tres de la madrugada de este viernes es de él, de Rowan, el mayor de los dos hijos de los Radley. Está despierto, a pesar de que se ha tomado una dosis de pastillas para dormir seis veces superior a la recomendada.

Siempre está despierto a estas horas. Si tiene suerte, una buena noche, se quedará dormido alrededor de las cuatro para despertarse de nuevo a las seis o un poco más tarde. Dos horas de sueño atormentado e inquieto en las que lo acecharán violentas pesadillas que no entiende. Pero la de hoy no es una buena noche, porque tiene el sarpullido que le da guerra, sopla esa brisa que azota la ventana y sabe que seguramente tendrá que ir al instituto sin haber descansado.

Deja el libro: *Poesías completas* de Byron. Oye a alguien que camina por el descansillo, pero no para ir al baño, sino a la habitación vacía.

Se abre la puerta del armario de la caldera, donde olean la ropa de cama. Se oye un ruido, como si estu-

vieran hurgando entre las sábanas, unos momentos de silencio hasta que oye que ella sale de la habitación. De nuevo, no es algo del todo raro. A menudo ha oído levantarse a su madre en mitad de la noche para dirigirse a la habitación vacía con un objetivo secreto por el que nunca ha preguntado.

Entonces oye que regresa a la cama y el confuso murmullo de sus padres a través de la pared.